



En la noche de marzo la Señora descendió de los Cielos y nos regaló su Cingulo.
Todas las alondras del alba cantaron —cantaron— el milagro.

La luna era la flecha y la diána
en el arco celeste de la esfera
—ya convexa, ya cóncava, ya plana—.

Y detuvo la luna su carrera
por soñar aquel sueño no soñado,
y el agua se detuvo en la ribera.

La tierra manó miel por su costado,
y a la hora callada de maitines
flores rojas abrió el rojo granado.

La música sangraba en los violines
hacia tu pie sin sangre y sin serpiente,
hacia tu pie de lunas y jazmines.

Tu blanco pie pisaba dulcemente;
pisabas sin pisar, pisando apenas
en leve geometría de tangente.

Si ayer oscura sequedad de arenas
tu pie fué entonces mar de quieta espuma,
leche blanca de blancas azucenas.

La tierra fué la resta y Tú la suma:
Tú sumabas Arcángeles plumados
y ella restaba Arcángeles sin pluma.

Olvidando cipreses y pecados
llegaste en amorosa singladura,
circundada de Espíritus alados.

Tu Cinta nos ató —dulce atadura—
aquella medianoche de aquel marzo,
cuando quedó sin Cinta tu cintura.